

Historias de una historia: La guerra sin guerra de Juan Eduardo Zúñiga

Santos Sanz Villanueva

A Juan Eduardo Zúñiga le aprecian y siguen lectores exigentes en amplio número, crecido mucho en el último par de lustros, pero no ha alcanzado al gran público, ni quizás nunca lo logre, como suele ocurrir con los escritores de calidad y atípicos. Este estatus se debe seguramente a un par de razones. Una, a la parsimonia con que ha hecho su obra, o la ha dado a conocer, por lo cual le ha faltado durante un buen trecho de su escritura la presencia librera continuada que garantiza un nombre público en esta época de consumo compulsivo. Solo en tiempos recientes, desde los años noventa, cuando la gente de su promoción ya había entrado en la nómina de consagrados, ha ofrecido la imagen de escritor regular. Otra, a la cualidad extemporánea de parte de sus fábulas, hechas al margen de modas y tendencias dominantes, e incluso en contra de la preceptiva del grupo literario con el que estaban sus simpatías cuando arranca a publicar.

Zúñiga fue amigo y cómplice de los escritores sociales madrileños del medio siglo, de Antonio Ferres, de Jesús López Pacheco, de Armando López Salinas. Con ellos compartía militancia izquierdista, activismo antifranquista y concepción de denuncia de la literatura. Esta proximidad invita a considerarle dentro de la generación de los cincuenta, aunque sea algo mayor que estos

Juan Eduardo Zúñiga: *La trilogía de la guerra civil*. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2011.

colegas (nació en 1919, según la cubierta de la primera edición de *El coral y las aguas*, única vez que un libro suyo ha facilitado la noticia). Tal adscripción solo vale, sin embargo, como fundamento ético de su trabajo, porque en lo que se refiere a la estética, Zúñiga se halla en las antípodas de los principios adoptados por los autores comprometidos. En 1962, en pleno auge del realismo testimonial, al que entonces se aferraban sus compañeros, Zúñiga saca *El coral y las aguas*, una fábula de denuncia de la dictadura, sí, pero alegórica y emplazada en una Grecia remota e imaginaria; un raro caso de novela política bastante explícita, por lo demás, a partir de planteamientos alegóricos.

Lleva esta inusual invención a pensar que el tratamiento alusivo figura en el código genético del narrador Zúñiga, frente al contenido explícito, la temática nacional y el documento directo preferidos por los narradores del medio siglo. Por entonces, en plena efervescencia todavía del realismo socialista, la plana mayor del rojerío político-literario monopolizaba un gran concurso nacional de cuentos convocado por la revista *Triunfo*. Entre los ganadores está la plana mayor de la luego denostada literatura de la «berza»: Francisco Candel, Ferres, Grosso, López Pacheco, López Salinas, Juan Marsé, Luis Martín-Santos, Isaac Montero, Ramón Nieto, José María de Quinto, Daniel Suerio..., quienes, junto a otros cuyos nombres hoy se sumen en el olvido, llenaron las páginas del popular semanario con testimonios inmediatos de la pobreza y el desaliento.

También entre los ganadores del concurso figura Juan Eduardo Zúñiga (además, por cierto, de su callada esposa, Felicidad Orquín, firmante de una pieza notable). El cuento premiado, «Un ruido extraño», tiene esa carga alegórica, o, mejor, simbólica, señalada. Las extrañas percepciones de un oficial republicano en una casa del Madrid asediado desembocan en una metáfora: lo que sienten el protagonista y el soldado a quien descubre en el misterioso lugar tiene correspondencia en los restantes lugares de la España en guerra. Por otra parte, ninguna relación guarda este cuento con la visión cruda y sombría de la realidad de la mayor de los premiados que despertó protestas entre los lectores de la revista. Poco hay en «Un ruido extraño» de la estética social-realista. No solo en el contenido; tampoco en la prosa, libre de concesiones popu-

listas y volcada en mimar un estilo atento a la calidad de la página. Nada más lo relaciona con aquel arte de urgencia el ribete didáctico que lo remata.

Este raro relato gótico –porque esa es su verdadera filiación– revela una clave básica de Zúñiga: elude el realismo plano, sociológico; potencia la anécdota sugiriendo situaciones y personajes presentados con un grado de extrañeza; crea atmósferas difuminadas. A partir de estos supuestos, el autor decantará su poética hacia un arte narrativo que prefiere insinuar antes que declarar.

«Un ruido extraño» fue a parar, casi dos decenios después, a *Largo noviembre de Madrid*, un conjunto unitario de cuentos sobre la guerra civil llamativo por el tratamiento novedoso de tan asendereado asunto. La principal novedad consistía en una estilización de la contienda que, sin suprimir la tragedia ni eludir el horror, sin practicar el neutralismo exculpatorio, se fijaba en el drama humano. Cabría sospechar que las circunstancias históricas nuevas, la instauración de la democracia, impulsaba un nuevo modo de acercamiento a la fuente de los males recientes de España, que una nueva época de libertad tras la dictadura facilitaba la revisión del relato del enfrentamiento civil. Y ciertamente algo de eso representa el libro, en la misma dirección en que otros autores del momento, sobre todo la nueva promoción surgida en libertad, la de Julio Llamazares o Antonio Muñoz Molina, sustituyeron la mostración de la lucha de clases por enfoques míticos. Mas, en el caso de Zúñiga, la cosa venía de antes, de bastante atrás, de cuando la dictadura era sólida, como acabamos de ver, y respondía, por tanto, a un enfoque personal, pionero y global.

En efecto, *Largo noviembre de Madrid* (1980) constituye la primera entrega de un ciclo de relatos sobre la guerra y postguerra que se completaría con *La tierra será un paraíso* (1989) y *Capital de la gloria* (2003). Aunque Zúñiga no planificara el ciclo como tal, sí ha reconocido explícitamente en alguna ocasión su carácter unitario y se ha referido a él como una trilogía. Por eso hace poco (2007) permitió agrupar en un solo volumen los tres libros, aunque sin título englobador, según el orden cronológico de salida en una edición académica publicada por la editorial Cátedra. Y ahora aparecen por fin como el conjunto solidario que son bajo un rótulo que lo reconoce: *La trilogía de la guerra civil* (Barcelona, Gala-

xia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011). Algunas novedades trae esta salida. Hace correcciones de estilo, mínimas. Agrega sendos relatos, inéditos y recientes, a *Largo noviembre...* y *Capital...*, que corroboran la cualidad de trabajo en marcha a lo largo de mucho tiempo de esa rememoración emocional de la guerra. Todas las piezas, treinta y cinco ahora, forman parte de un bucle anecdótico que ha ido creciendo como una espiral de vivencias decantadas por el sentimiento y filtradas por el tamiz del recuerdo. Y, sobre todo, presenta los textos no en el orden de su publicación sino en el más acertado de su cronología interna, primero los cuentos de la guerra y detrás los de postguerra.

La trilogía tiene un espacio único: Madrid. Y dos ámbitos cronológicos, como acabo de adelantar. Uno de ellos, recreado en *Largo noviembre de Madrid* y *Capital de la gloria*, se ciñe a los años que Rafael Alberti sintetizó en el conocido verso adoptado en este último título. El otro, encabezado también con un verso, una sarcástica afirmación del himno proletario por excelencia, la Internacional, *La tierra será un paraíso*, se emplaza en los más inmediatos efectos de la contienda, la alta postguerra. *La trilogía de la guerra civil* evoca el Madrid sitiado que resistió casi tres años al cerco franquista y sus consecuencias que se prolongan en los siguientes. Refiere en uno y otro caso escenas de la vida cotidiana. Todo ello con acordes íntimos, sosegados, mas no por ello ocul-tadores de las tragedias privadas. Con tono moderado, a la vez que evitando de raíz la sentimentalización del dolor. Pero nada tiene que ver el Madrid bajo las bombas de Zúñiga con la literatura o el cine que tratan de la guerra. No sirven los estereotipos acuñados por las novelas de hazañas bélicas, ni por las películas de Hollywood. No valen ni siquiera los relatos o cintas antibelicistas, aunque el espíritu del autor se halle cercano a ello, porque han generado una retórica que tampoco le sirve a Zúñiga. Son cuentos de la guerra con poca guerra, casi sin guerra, sin batallas, ni escenas en el frente; con la mínima guerra imprescindible, la que se deja sentir en una retaguardia, la urbana, que, por otra parte, fue casi primera fila de combate en aquel periodo. Y el Madrid de postguerra tampoco es el Madrid tremendista y de tintes barojiano-solanescos de la prosa narrativa frecuente en los años cuarenta y cincuenta. Es un Madrid de dolor intenso, silencioso, recon-

centrado, aunque también con sus espacios de felicidad instintiva, primaria, elemental.

La trilogía es una obra amarga y triste porque habla de la guerra, y la guerra siempre es terrible. Pero no se recrea en la visión tenebrista sino que se abre a los múltiples registros del alma humana. Ello se debe a que Zúñiga elige para evocar el conflicto y sus consecuencias la presencia escueta y simple de la vida diaria, de los afanes corrientes y perentorios de la gente común en una circunstancia excepcional. Bajo las bombas que caen y alcanzan el Prado, bajo la ciudad aterrorizada por el triunfalismo de los vencedores, la vida sigue. Zúñiga ha escrito la novela coral, aunque limitada en el repertorio de sus protagonistas, del miedo, las privaciones y, cuidado, también de la esperanza. He dicho novela y puede reprochárseme que no lo es porque falta una trama unitaria y nada más encontramos historias o relatos independientes. Pero en verdad ese puñado de cuentos los enhebra un hilo apenas disimulado, la tensión antropológica entre vida y muerte; entre desgracia y felicidad. En general, responden al deseo de oponer a la muerte un impulso salvador, el origen de la vida, y a la desgracia los requerimientos de la carne, el sexo y el placer.

Se encuentran en los relatos de Zúñiga rasgos de heroísmo, de idealidad, de abnegación. También algún caso de extrema vileza como el que hace sufrir a un hijo por la certidumbre difusa de que su padre haya sido un asesino. Pero no son las situaciones especiales las que caracterizan las tramas y ello por la razón básica de que toda la materia queda asordinada en virtud del deseo de captar, y recrear, el ambiente. «Todo lo que pasa es raro y nos hace sufrir», confiesa un personaje. «La única tarea positiva entonces era sobrevivir y coger al vuelo las migajas de la felicidad posible», explica otro. El mismo, éste, en cuyos pensamientos identificamos el motor que impulsa al propio autor a escribir estos relatos de la memoria: «pasarán años y olvidaremos todo esto, y lo que ahora vivimos nos parecerá un sueño: los bombardeos, los frentes, la falta de comida, las traiciones: todo pasará»; «olvidaremos, sí, el raro heroísmo, la solidaridad, la desinteresada entrega de vidas a la quimera de los ideales; buscaremos ser felices y así pasarán nuestros días».

Juan Eduardo Zúñiga tiene la evidente voluntad de representar aquellos años con la ambición panorámica que proporciona la

unamuniana mirada intrahistórica. Sustituye la gran historia de la guerra por unas decenas de pequeñas historias. Cuenta historias de una historia, por aplicarle el título acuñado por Manuel Andújar para su reconstrucción sinfónica y perspectivista de la contienda. Zúñiga evita tanto vengar agravios antiguos como ennoblecen la nostalgia. Junto al desamparo refiere con llaneza absoluta el impulso que induce a sobrevivir en medio de las mayores adversidades y a satisfacer el deseo básico de felicidad. La medida intensidad emocional de las anécdotas y el documento realista nimbadado con frecuencia de misterio y a veces de lirismo convierten *La trilogía de la guerra civil* en una memorable mirada sobre algunos latidos secretos de la condición humana que trasciende los sucesos que la impulsan y le da, por así decirlo, dimensión intemporal. Por eso, cuando los hechos de aquella desventurada época se extingan en el recuerdo vivo de sus protagonistas o descendientes y sean un capítulo de la historia nacional como ya lo son para nosotros las carlistadas, los cuentos de Zúñiga brillarán con el fulgor de la literatura. Conservarán la memoria de un suceso aciago a la vez que conmoverán por el desconcierto de unos seres humanos pillados por la irracionalidad de la violencia y de la intransigencia ©